

Raúl Silva Castro

## BITACORA

**T**IENEN los navegantes un libro en que anotan el rumbo, la velocidad y las maniobras del barco. Caben en él también los demás accidentes de la navegación. En ese libro, que se llama de bitácora, se puede seguir la vida de a bordo acaso hora por hora. Las anotaciones en el libro de bitácora son, siempre, de laconismo marino. Toda una guardia pasa, y otra y otras, y nada ocurre de nuevo. A una hora fija cada día se toma la posición, que se inscribe con unas cuantas letras y números; 43° 23' 10" Lat. S. 84° 4' Long. W... Nada más.

Pasan así las horas y los días. En la sábana azul removida por oculta potencia sólo unas pocas aves errantes anuncian la costa cercana. Pero ocurre de pronto que de un rincón, el más recoleto, del horizonte se levanta una fresca brisa. Sopla y sopla hasta que hace del mar una hirviente infinitud de olas que asaltan, por todos lados a la vez, al barco indefenso. En el libro de bitácora la tempestad va depositando sutiles rizos de espuma.

Se llega, en fin, a puerto, y en el libro de bitácora se inscriben una firma y una fecha cargadas de melancolía. La travesía ha terminado. Algún tiempo más tarde será el de alistar de nuevo el barco, dar proa al mar instable y llenar otra vez con signos y letras el libro abandonado,

*Así me ocurrió un día sorprenderme cuando anotaba en un papel cualquiera una idea poco antes pensada. Quise hacer hábito lo que no era sino acto independiente, fuera de serie, sin lazos familiares con la costumbre. No creo, sin embargo, que pueda hacer siempre lo que he hecho durante algunos meses. Llevar mi cuaderno de bitácora y en él señalar la palpitación de mi vida. Me parece que contemplarse vivir es ya dejar un poco de vivir. Iniciado como acto inocente, puede terminar por ser el más áspero grillete.*

*He aquí algunas de las páginas de mi bitácora. No están todas. ¿Para qué? Las más señalan sólo la latitud y la longitud en que se halla, un día y otro, un espíritu entregado a vientos adversos y que tarda en llegar a una costa que las olas acunen con su canto innumerable.*

Hay dos clases de escritores: los que creen saber escribir y los que no están seguros de poseer tamaña sabiduría. Los primeros pueden firmar antes de escribir: jamás se arrepienten. Los otros no son chilenos.

\*

No puedo dejar de sonreír cuando veo que se atribuye acción docente a la literatura. No necesita justificarse avillanándose. Bástale ser encantadora para no ser inútil. Si entretiene al hombre con un juego en que no son la brutalidad y el engaño los resortes principales, ha cumplido su misión.

Hay quienes se divierten en el teatro; otros encuentran placer en el estadio. ¿No tienen derecho a existir los que lo hallan en un libro?

\*

La noción del placer que el arte literario está des-

tinado a brindar, puede ser equívoca. No hablo de la literatura *gaie*. Es otro mundo. Hablo de la literatura pura y digna, hecha por hombres a quienes el oficio interesa como el principal negocio de la vida. Pues bien, esta literatura, aun recargada de interrogaciones trascendentes, tiene como misión primera entretener. Puede ser incluso difícil su lectura; pero si su estilo es bello y si proporciona del alma humana datos dignos de atención, no podremos negarle el nombre de entretenida.

\*

No hay que caer, sin embargo, en la trampa que coge a ciertos hedonistas, los cuales avaloran la obra literaria sólo en razón del solaz que les reporta. Una crítica de valores debe atender a ese factor, pero no podrá reducirse a él. La obra literaria debe cumplir un primer deber: ser entretenida. Si, además, llena otros, no los despreciemos.

\*

Dijo el poeta que vivir no era necesario, pero sí viajar. ¿No habrá quién diga que vivir no es, para el escritor, necesario, pero sí lo es escribir?

\*

No tenemos clásicos. ¿Podremos tenerlos? Si leemos a nuestros escritores del siglo XIX, el primer impulso es de desprecio. ¡Escribían tan mal! El segundo es de compasión. ¡Estaban tan solos en una sociedad que los detestaba! El tercero es de olvido. ¡Los muertos no deben ocupar sitio alguno en el reino de los vivos!

\*

La crítica no es, no puede ser simple cuestión de gustos personales. Está por encima de esto. Es comprensión e interpretación, aun cuando niegue valores; es simpatía y amor, aunque simule la forma del odio.

\*

Léon Pierre-Quint piensa que la crítica es la superliteratura. ¿Exageración propia del crítico? Quizá. No puede negarse, sin embargo, que la crítica ocupa cada día más trecho en el espíritu del público y del escritor. Fué al principio una fría disciplina académica. Se rebajó después a pura complacencia ante la obra que llena ciertos gustos y cumple cierto esquema espiritual. Hoy es la inteligencia misma de la obra literaria, que sin ella no vive la vida de las letras.

\*

Me gustan los libros bellamente impresos, pero no tanto que sus papeles y su tipografía puedan impedirme trazar en sus márgenes esas breves anotaciones, esas cruces, esas rayitas que señalan los furtivos encuentros del espíritu.

Me gustan, en fin, los libros en que se puede habitar cómodamente.

\*

Alguien decía que no se debe escribir sino de lo que se ama. No hay nada más cuerdo. Pero nada más dudoso. No se sabe siempre lo que se ama, y a veces se quiere con pulso tan tenue, que casi no se siente. Más seguro es escribir sólo de lo que se odia. Entonces se está siempre seguro de la pasión.

Escribir en Chile sólo de lo que se ama significa la absoluta ociosidad de la pluma. Un crítico que si-

guiera al pie de la letra principio tan halagador, podría poner su firma al pie de diez páginas en blanco. Al escribir sólo de lo que amara, llenaría dos o tres veces en el año la página virginal.

\*

Somos un pueblo de necrófilos: la muerte, y con ella la rutina y el desaliño y las lacras, nos seduce. Hemos hecho un culto del heroísmo no por amor a la obra heroica, sino por respeto a sus despojos: el veterano mutilado, el hombre que no vive en el presente sino que se alimenta de reminiscencias. Como el buitre que come cadáveres y desprecia los frutos de la tierra.

\*

Escribir ha sido en Chile, durante muchos años, una especie de vicio solitario que había que ocultar con rigor. Un escritor podría ver comprometida su carrera de funcionario si su jefe — analfabeto con muchos años de servicios — descubría su lamentable debilidad. Sus amigos pancistas pensaban y decían que su entusiasmo literario era una manía incomprensible. El público, en fin, despreciaba al que pensaba más que él. ¿Por qué? Pues por eso: porque pensaba más que él.

\*

Es más fácil perder la confianza en el individuo que en las instituciones. Cada cierto número de años se nota una *crisis de hombres*. Se les cambia. Inútil. La crisis sigue. Se piensa entonces en que acaso las instituciones, los organismos sociales sean los malos y anticuados. Y entonces se reforma la Constitución, la administración se depura y se ordena—o se desordena

— conforme nuevos principios directores. A veces, aun después de hecho esto, sigue hablándose de crisis de hombres. Esta es la historia de muchas revoluciones, reducida a cuatro palabras.

\*

Se dice: «X tiene talento.» Sin duda, lo tiene. Pero no tiene talento literario, y es algo enteramente diverso. El primero lo hace ver justo y claro. Sin el segundo, jamás podrá decir bien y preciso. ¿Cuál vale más? El primero, en la vida general de relación, es indispensable. La falta del segundo en el que maneja una pluma, deja al escritor convertido en un pelele.

\*

Las mujeres de talento piensan que es el talento lo que les impide escribir bien.

\*

Siga el camino de la invención contingente o el de la transcripción fiel de la realidad, el arte añade siempre un terreno nuevo, no vital a la vida. En el primer caso, la invención aspira a ser considerada como vida. En el segundo caso, la vida pasa a ser invención. Es decir, arte.

Es error, y profundo, atribuir categoría más elevada a uno de estos dos procedimientos. De ambos se han valido extraordinarios ingenios en todas las épocas, y sus obras han probado que sólo se necesita una cosa para hacer arte duradero: talento específicamente artístico. La materia que se trabaje no importa. El estilo mismo, con ser tanto en el arte literario, no tiene valor autónomo, sino que vale en función del talento creador. En suma, arte es individuación.

\*

Me parece urgente labor ensanchar el radio admirativo o sólo comprensivo de las gentes. Son precisamente las que pasan por más cultas las que tienen un criterio más estrecho. No pido que se acepte todo. Un sistema de admiraciones que no se completa con uno de repulsiones, me parece nefasto. El alma humana necesita odiar en la misma cantidad que amar, y es lo normal que amor y odio vivan en ella cómodamente. Pero sí, que se admita siquiera la duda sobre el valor inalterable de lo que se admira.

El individuo que siente deleite en la lectura de una obra, debe hacer examen de conciencia. Debe decirse: si un autor me dijera exactamente lo contrario de éste y me lo dijera en una forma opuesta a la que me deleita, ¿qué sentimiento experimentaría mi alma? Para dar más rigor al procedimiento, debe en seguida hacer la prueba y esforzarse por leer aquellas obras que forman un país distinto del en que tan a sus anchas vive.

Estos cambios de temperatura intelectual, estos vagabundajes de las cimas a las planicies, son tan necesarios al alma como era para el antiguo más necesario el viaje que la misma existencia. En el arte también el hombre de la llanura debe aspirar a la cumbre y en ella respirar el claro oxígeno azul no emponzoñado por humos industriales o evaporaciones de aguas estancadas.

\*

El secreto de la creación literaria perfecta reside tal vez en la cantidad que de creador y de crítico contiene el escritor. El escritor ideal parece ser el que se formara por la simbiosis de un creador desatado y de un crítico que le sirviera de freno. No es que crea yo

que el crítico no es un creador. Sino que su doble vista, su vista en profundidad, no es la vista frecuente en el creador.

\*

Si se dice de un pintor que no colora bien, puede quedar de él un buen dibujante con ambiciones de pintor. Si se dice de un literato que no escribe bien, ¿qué queda? A lo sumo un honesto padre de familia. El escritor ha desaparecido porque la literatura está hecha de palabras y es forma pura.

\*

Durante algún tiempo ha parecido que existían en la historia literaria períodos de clasicismo y períodos de libertad romántica. La historia de la literatura se reduciría así a la simple ondulación de un péndulo, acaso no isócrona, pero sí inevitable.

Sin embargo, es evidente que clásicos y románticos han coexistido en todas las edades. Y de tal manera la historia de las letras se entrecruza de acontecimientos, de tendencias, de movimientos envolventes, que se equivalen y a veces se anulan.

No son, pues, los tiempos los que cambian, sino los individuos. Y siempre hay un remanente de hombres que no cambian. Esta cantidad de hombres que siguen siendo románticos cuando lo urgente parece ser clásico, o al revés, da a cada época un sello particular. Hay algo en ella que no parece bien maduro, que se resiste a marcar el paso de la mayoría.

Es una actitud a veces inconsciente de rebeldía y de ella nacen inadaptados y precursores.